

ASPECTOS MÁGICOS DEL MUNDO MONACAL: LEYENDAS, EXVOTOS Y RELIQUIAS

AGUSTÍN UBIETO ARTETA

El canto gregoriano, tal como describen el título y el subtítulo de estas XII Jornadas, constituye una pervivencia de la tradición monástica en el pueblo, de modo que hoy, en una sociedad oficialmente laica, es fácil ver salas de audición e iglesias llenas para asistir a una audición, a la vez que muchas personas que viajan para ver un monasterio vivo procuran hacer coincidir su visita con uno de los momentos en los que la congregación canta en común escuchando con recogimiento lo que para monjas y monjes son rezos. En realidad, es difícil sustraerse a nuestras raíces judeorromanas y cristianas que nos envuelven constantemente, tal vez sin quererlo ni saberlo, en forma de ritos, romerías, procesiones, carnavales, nombres de pila, manifestaciones artísticas de todo tipo, léxico, etc.

El mundo de los monjes –del que vamos a hablar con carácter meramente introductorio a las conferencias y al concierto que configuran el programa de esta duodécima edición de las Jornadas– es, sin duda, un mundo atractivo, lleno de misterio, evocador. En la vida diaria, aunque de manera inconsciente muchas veces, todos hacemos constantes referencias al mismo, como lo demuestran las siguientes palabras escritas para otra ocasión:

«Travesía de las Monjas, calle de Predicadores, plazuela de Santa Clara. Simples placas de cerámica o hierro, aviso de caminantes. Lugares recoletos, en general. Son restos de un pasado; nombres sin sentido para los más, de nostalgia para los menos.»

Pueblos enteros delatan también procedencias similares: «El portero de mi casa es de Sasa del Abadiado»; «estuve en las fiestas de La Almunia de San Juan»; «cuando fui a Gallocanta, pasé por Torralba de los Frailes»; «¡buen vino el de Lanaja y Cartuja de Monegros!»; «La Cartuja Baja se está convirtiendo en dormitorio de Zaragoza». Otros muchos recuerdan orígenes semejantes.

Además de calles, plazas y pueblos, hasta comarcas enteras indican la presencia de hábitos talares y cilicios: el Priorato es catalán; el Campo de Calatrava, manchego; el Maestrazgo, aragonés. Viene de ‘maestre’, superior de una orden religioso-militar con varios monasterios en su organización.

¿A quién no le gustan los ‘suspiros de monja’, todo mimo, huevo y horno?, ¿quién no desea enclaustrarse alguna vez ahíto, saturado, lleno de ruidos, prisas y trajines? Aquel hombre nos decepcionó, y es que «el hábito no hace al monje», pero habrá que tomárselo con «paciencia benedictina».

Calles, plazas, pueblos, comarcas, dulces, aforismos y frases comunes como los anteriores son sólo ya restos que se ven y se oyen. Pero detrás hay más, hubo más. El mundo de los monjes influyó, y mucho, en el mundo de los aragoneses sin hábito. ¿De qué manera y hasta qué punto?, ¿quiénes eran y dónde estaban? ¿Por qué les envuelve un halo de misterio?”. Para saber de quiénes estamos hablando, veamos en pocas palabras su evolución entre nosotros.

Al anacoretismo imperante en el mundo hispanogodo —es decir al recogimiento en solitario en parajes desérticos y agrestes para llevar una vida de ayunos, penitencias y oraciones— le sucedió el eremitismo, la vida monástica o cenobítica de mujeres y hombres que hacían vida en común. Surgieron así monjes y monasterios y a esta manera de organizarse, que ha llegado hasta nuestros días, se le llamó ‘monaquismo’, y sus primeras noticias nos remontan a la época visigoda, destacando, los monasterios de Asán, cerca de Huesca, y de Santa Engracia, en las afueras de Zaragoza. Estos monasterios primeros se regulaban por una gran variedad de normas de convivencia hasta que, en el siglo VI, san Benito de Nursia redactó una regla que, basada en el trabajo y la oración —«ora et labora» era su lema—, se impuso poco a poco por todo Occidente, de modo que la vida monacal quedó perfectamente ordenada: obediencia, silencio y humildad serán las claves de la norma benedictina que, con lentitud, se fue afianzando en los monasterios del territorio que luego sería Aragón, de entre los que destacaron los de San Pedro de Siresa, San Juan de la Peña o San Victorián. Con el tiempo, la orden benedictina ha sufrido reformas a lo largo de su dilatada vida, pues llega hasta hoy, reformas de las que nos interesan dos: la cluniacense y la cisterciense.

En primer lugar, la acumulación de riquezas y el intervencionismo laico y episcopal en sus monasterios durante la época feudal, entre otras causas, motivaron la primera gran modificación de la orden benedictina en un monasterio francés, el de Cluny, en el primer tercio del siglo X. Estos benedictinos reformados, ahora llamados cluniacenses, que pasaron a depender directamente del Papa, vieron suprimir el trabajo manual —recuérdese el «ora et labora» inicial— en favor del oficio divino que ocupará toda su jornada. Su introducción en Aragón, a lo largo del siglo XI, supuso la llegada de aires renovados a nuestros monasterios que se europeizaron, con todo lo que esto implica. Casi un siglo después de haber comenzado la reforma al otro lado de los Pirineos, San Juan de la Peña pasaría a convertirse en el cenobio cluniacense de referencia, aunque no fue el único.

En segundo lugar, por causas de muy diversa índole, también a los benedictinos cluniacenses –los monjes negros– les llegó su turno, y de nuevo la orden benedictina se vio reformada, surgiendo, desde el siglo XII, varias ramificaciones, destacando, sin duda alguna, la cisterciense –los monjes blancos–, cuya regla fue fijada por san Bernardo. El Cister –de Cîteaux– puso el acento en la vida ascética, en la pobreza absoluta, en la oración y en el trabajo otra vez. Sus monasterios se ubicaron, generalmente, en tierras sin cultivar, yermos que serán roturados por los propios monjes dando origen a auténticas granjas-monasterio. La austeridad de los templos de estos conocidos como ‘monjes roturadores’ chocó con el barroquismo del románico cluniacense. Veruela, Rueda, Piedra y, algo más tarde, Santa Fe, en los aldeaños de Zaragoza, serían los principales monasterios aragoneses cistercienses masculinos, mientras que entre los femeninos destacarían los de Cambrón, cercano a Sádaba, y Casbas, en el somontano oscense, que acaba de cerrar sus puertas.

En tercer lugar, si la crisis de los monjes cluniacenses evolucionó hacia la solución benedictina cisterciense, como acabamos de ver, la renovación monacal tomó, asimismo, otros derroteros aunque fuera del benedictismo, buscando soluciones distintas a los problemas nuevos, surgiendo así los canónigos regulares de San Agustín, los premostratenses y los cartujos. Los primeros más que monjes propiamente dichos eran curas regulares, es decir, curas sometidos a una regla monacal, la de San Agustín: hacían vida en común, como monjes, pero ejercían el ministerio sacerdotal generalmente en iglesias urbanas, llamadas colegiales, destacando por su actividad intelectual, siendo la abadía del castillo de Loarre y el monasterio-castillo de Montearagón los ejemplos aragoneses más conocidos, pero no los únicos. Por otra parte, mientras los premostratenses apenas arraigaron en Aragón, sí lo hicieron los cartujos, cuya regla combinaba la vida en comunidad y la vida en soledad, si bien endureciendo las exigencias benedictinas, siendo de destacar el silencio absoluto, la abstinencia completa de carne y el reparto del tiempo entre la oración y el trabajo en la propia celda. La Cartuja de las Fuentes, en los Monegros, junto a Lanaja; la Cartuja Baja, en los aldeaños de Zaragoza, y la Cartuja de Aula Dei, levantada en 1563 y aún hoy floreciente, son los ejemplos aragoneses más singulares.

En cuarto lugar, a las anteriores órdenes monásticas se sumaron los cenobios dependientes de las Órdenes Militares, tan importantes en Aragón, cuyos miembros participaban de la doble condición de monjes y de soldados: como monjes vivían bajo una regla común y a los tres votos de obediencia, de pobreza y de castidad añadían un cuarto voto, el de consagrarse a la ‘guerra santa’ contra los infieles. Hospitalario o sanjuanista será el monasterio dúplice de Sigena, es decir, con dos comunidades de monjas y frailes, bajo la dirección de la priora; comunidad templaria relevante será la congregada en el castillo-convento de Monzón, mientras que la Orden del Santo Sepulcro tuvo el centro de gravedad en su monasterio de Calatayud, surgiendo luego otros varios, como el de las Canonisas regulares del Santo Sepulcro, en Zaragoza, todavía en pie.

Por último, vemos cómo casi todas las órdenes hasta ahora aparecidas estaban enraizadas en el medio rural cuando ya el resurgimiento de la vida urbana era un hecho incuestionable. Estas renacidas ciudades fueron terreno abonado para la herejía y, por lo tanto, propicio para la evangelización, pero ello precisaba de órdenes monásticas nuevas, cuyos frailes salieran a la calle a combatir con palabras e ideas. Para luchar, pues, en la ciudad, para cercenar las herejías, vieron la luz en el siglo XIII las llamadas Órdenes Mendicantes, entre las que destacarán los predicadores (o dominicos) y los hermanos menores (o franciscanos). Dominicos y dominicas, con su hábito blanco, se expandieron por todo Aragón llegando hasta Alcañiz y Albarraçín; los franciscanos también se multiplicaron en tierras aragonesas y dos de sus monjes, discípulos del propio san Francisco, con su hábito castaño, llegarían a Teruel: eran Juan de Perugia y Pedro de Saxoferrato que, muertos como mártires en Valencia en 1228, son hoy patronos de los turolenses. A esta hornada mendicante pertenecen también las pobres damas (o clarisas) como ramificación franciscana, de las que aún sigue en pie, por ejemplo, el monasterio oscense de Santa Clara. Carmelitas, agustinos, servitas (o siervas de María) y mercedarios, especializados estos últimos en el rescate de cautivos, serán otros ejemplos de Órdenes Mendicantes. De todos existen todavía monasterios abiertos.

El monacato aragonés es, pues, de herencia medieval. Alguien echará de menos a congregaciones religiosas tan conocidas como jesuitas, escolapios, redentoristas, teresianas o salesianos, entre otras. No obstante, por razones diversas consideramos que todas ellas quedan desgajadas del monaquismo. Son órdenes religiosas, no monásticas. Sus casas reciben el nombre genérico de conventos, no de monasterios. Y sus raíces y funciones son otras.

En estos cenobios, faltaría más, se ora y se medita mucho en solitario y en común, incluso en horas que para el resto de los mortales son prohibitivas. Son rezos y meditaciones marcados por la horas canónicas, que incluso nos han dejado relojes de sol especiales para ellas, como se puede ver en San Miguel de Foces, otro monasterio; se siguen ceremoniales estrictos recogidos en sus reglas y ordenaciones y voluminosos libros de pergamino, apoyados en enormes facistoles, tienen escritos los textos de cada día y de cada momento, textos que son entonados con melodías importadas por los cluniacenses desde el otro lado de los Pirineos, melodías que constituyen el canto gregoriano –ya ha aparecido nuestro canto gregoriano– denominación que tiene que ver con el papa Gregorio VII, empeñado en sustituir el rito mozárabe hispano por el romano en toda la Península en el siglo XI.

En los hospitales de estos cenobios, donde se canta gregoriano, se acoge a los viandantes y a los peregrinos, se alimenta al pobre. Por otra parte, la Iglesia logró, desde el siglo XI, que caballeros feudales y el pueblo, en general, respetaran determinados lugares, territorios y personas (iglesias, monasterios, clérigos, pobres, viu-

das, comerciantes y peregrinos), con lo que había nacido la ‘paz de Dios’. De ahí que los monasterios se convirtieran en lugares seguros para guardar los documentos importantes, tanto propios como ajenos, incluidos los del Reino. San Juan de la Peña, Montearagón o Veruela tendrán *valiosos archivos*, aunque quizás debamos destacar el de Sigena, el más señalado antes de la organización del Archivo de la Corona de Aragón en Barcelona en el siglo XIV. Gracias al cuidado de los monjes podemos estudiar hoy su propia historia y la nuestra a través de los documentos publicados sobre San Pedro de Siresa, San Juan de la Peña, Santa María de Santa Cruz de la Serós, San Victorian de Sobrarbe, San Úrbez de Serrablo, Santa María de Alquézar, Santa Cristina de Somport, Santa María de la O y San Pedro de Alaón, Santa María de Obarra, San Andrés de Fanlo, San Pedro el Viejo de Huesca, Jesús Nazareno y San Victorián de Montearagón, Santa María de Sigena, Santa María de Casbas, Santa María de Cambrón, Santa María de Grisén, Santa María de Veruela, Santa María de Rueda, Cartuja de la Inmaculada Concepción y Santa Clara de Huesca, entre otros.

Por otra parte, los monasterios, enclavados en el mundo rural, hicieron posible durante siglos que el campesinado tuviera *camino para acceder a la salvación* sin tener que cambiar de orden, es decir, como simples seglares mediante la adhesión a la vida monástica bien como ‘donados’ bien como ‘legos’, procedimientos de los que se conservan multitud de ejemplos escritos. Los donados se entregaban a un monasterio –viviendo incluso en comunidad y hasta con su propia familia y bienes– por la sola garantía del sustento; los legos –muy frecuentes entre los cluniacenses, cistercienses, sanjuanistas y cartujos– ingresaban en un cenobio para ayudar a las tareas materiales de la comunidad y, si bien estaban excluidos de la liturgia, del coro y de la enseñanza, eran quienes aseguraban el funcionamiento de la cocina, la panadería, la zapatería, las granjas y las explotaciones agrícolas. La ciudad, por su parte, disponía de otras vías, como la de las cofradías religiosas, tan importantes durante siglos.

Acerca de la *importancia cultural* de estos cenobios nos hablan sus ‘scriptoria’ y sus bibliotecas, de los que disponemos de datos suficientes para poder afirmarlo. Sobre sus bibliotecas, bien pudieran servir de ejemplo las de Santa María de Sigena y San Pedro de Siresa, pues si del primero se ha podido reconstruir buena parte del catálogo de sus fondos en el siglo XIII, del segundo tenemos un testimonio de primera mano, el del monje cordobés san Eulogio que lo visitó en 848, donde hizo acopio y se llevó de regreso a tierras andaluzas obras de Avieno, Virgilio, Juvenal, Horacio y San Agustín, entre otras, cuando en el resto del occidente europeo habían sido olvidadas casi por completo. Como ejemplo de ‘scriptorium’, el de San Juan de la Peña es sin duda el más importante de los aragoneses. En él se escribieron decisivas historias sobre nuestra tierra y aledañas, desde unos viejos «Anales» hasta la copia de la obra titulada «Ad obitu Adefonsi regis»; allí se documentó en gran parte, en el siglo XIV, la llamada «Crónica de San Juan de la Peña», escrita en latín y traducida luego al aragonés y al catalán; entre los siglos XII al XV se redactó un “Libro Gótico” con abundantes noticias; y, por último, en 1620, el abad pinatense Briz

Martínez editó la “Historia” del monasterio; allí, en fin, se cultivó la traducción de textos y la métrica latina, e incluso se minió una ejemplar de la Biblia.

Por otro lado, los monasterios al estar relacionados con Europa sirvieron de puerta de entrada de nuevas ideas actuando de *avanzadilla*, en muchas ocasiones con gran resistencia por parte de los partidarios de lo autóctono. Por ejemplo, la introducción de la reforma cluniacense a través de los monasterios pirenaicos fue un revulsivo para el mundo cristiano hispano, pero generó importantes controversias entre los defensores del rito mozárabe. Aragón se europeizó: nueva liturgia; favorecimiento de las peregrinaciones, vías de riqueza de todo tipo; se desarrolló la enseñanza en las escuelas monacales, se practicó de manera regular la hospitalidad. Proliferó una nueva manera de concebir y edificar las iglesias, con un nuevo estilo artístico, el románico, la mayor parte del cual sigue en pie todavía. Los monasterios propician el arte: en San Juan de la Peña existe todo un libro, el Nuevo Testamento, escrito en la piedra de los capiteles de su claustro recoleto; Sigena destacará por la perfección de sus pinturas murales actualmente en la diáspora catalana; en Montearagón, el alabastro se hará filigrana en manos de Damián Forment. En los monasterios se cultiva la música, de la que es ejemplo singular el canto gregoriano... Se introdujo, en fin, hasta un nuevo tipo de letra, la llamada carolina, en detrimento de la anterior, la visigótica, de difícil lectura. Pensemos que nuestra letra actual es, por ejemplo, hija de esta reforma propiciada desde los monasterios.

Desde nuestro punto de vista actual, en el haber de los monasterios existen, pues, elementos muy positivos, lo que nos hace preguntar por qué finalizaron casi todos de manera traumática en el siglo XIX. Sabemos cuáles son las órdenes monásticas enraizadas en Aragón y dónde estuvieron o están sus principales monasterios, pero ¿basta con eso? Ser monje, ¿consistía sólo en ser monje?, ¿su acción fue sólo espiritual?, ¿qué hacían sus abades acompañando por doquier a los reyes?, ¿por qué era más apetecible ser abad de Montearagón que obispo de Huesca? Sin duda alguna debió existir algo más.

En efecto, hay algo más, porque los monasterios actuaron, asimismo, en aspectos menos espirituales en calidad de *ordenadores y administradores* de parte del territorio. Como los condados pirenaicos, primero, y el primitivo Reino, después, carecieron inicialmente de un aparato burocrático suficiente para garantizar su administración tal como la entendemos hoy, hasta la aparición de los ‘tenentes’ en el siglo XI los monasterios actuaron en solitario como ordenadores socioeconómicos de sus áreas de influencia. Prácticamente cada valle pirenaico contó con su monasterio, alguno de ellos de carácter privado, y pusieron en explotación sus tierras con ayuda de sus moradores. El abad o el prior de los monjes cluniacenses se convirtió también en señor temporal de laicos.

En el norte pirenaico, que quedará fuera del centro de gravedad del Reino una vez sobrepasadas las sierras exteriores de los Pirineos, monasterios como San Juan de la Peña, San Victorián de Sobrarbe, Santa Cruz de la Serós, Obarra o Alaón, por

sólo citar unos pocos, han configurado enormes señoríos. La nómina de sus villas de señorío es tan extensa que tenemos que renunciar a enumerarlas. Al sur de las sierras exteriores, los grandes vacíos originados por el avance reconquistador del siglo XII en la zona llana, con escasa aportación de brazos nuevos para trabajar la tierra, motivaron que órdenes nuevas, tanto los cistercienses como las órdenes militares, acometieran una enorme tarea de *repoblación* del territorio. Sigena será, por ejemplo, el ordenador de la vida económica, social y religiosa de los Monegros, sobre unos 820 Km² de tierra, con buen número de villas de señorío a su cargo (Aguas, Paúles, Lanaja, Villanueva de Sigena, Sena, Cajal, Ontiñena, Peñalba, Urgellet, Bujaraloz, Ontiñena, Candasnos) en las que establecerá mercados semanales que han llegado al umbral de nuestros días y repartirá lotes de tierras yermas a cambio de tributos. Veruela actuará en las faldas del Moncayo, sobre unos 150 Km², en competencia con Trasobares y Grisén, estableciendo todo un sistema nuevo de riegos en torno a sus villas de señorío de Santa Cruz de Moncayo, Vera, Alcalá, Litago, Purujosa, Bulbiente, Pozuelo, Maleján o Ainzón. El monasterio cisterciense femenino de Casbas, en disputa con el viejo, pero cada vez más influyente Montearagón, se dedicará al Somontano oscense. Rueda (que incluye en su señorío poblaciones como Jaulín, Lagunas, Seña, Codo, Romana, Alborge, Valimaña, Escatrón, Lagata o Samper de Salz) limitará con el Bajo Aragón, todo él en manos de las Órdenes Militares, que tendrán en el Alcañiz calatravo su principal bastión. Más de 7.000 Km² serán controlados en el Reino por los monjes-guerreros. En todos los casos, el rey pagó esta ayuda con tierras y poder jurisdiccional, como hiciera con los señores laicos.

La tierra, fundamento de la riqueza hasta bien entrado el siglo XX, dio poder económico a los monasterios, pero también *poder social y político*, amén de otro tipo de dádivas, exenciones y privilegios. No es de extrañar, por lo tanto, que los abades de los grandes monasterios formaran parte habitual del séquito real itinerante. La propia Corona engrandeció tanto a algunos de estos cenobios nacidos para la oración, que los reyes los elegirán para su reposo definitivo. Surgió así el monasterio-panteón: San Pedro el Viejo de Huesca; transitoriamente Montearagón; Sigena y, sobre todos, San Juan de la Peña, éste desde el albor mismo del Reino, serán morada última de reyes e infantes aragoneses, hasta que la aparición de Poblet les hurte tal privilegio. Pero además de asegurarse las oraciones para el más allá de los abades principales sobre sus tumbas monásticas, también tuvieron su consejo en vida, de ahí que los veamos sentados en la Corte y en las *Cortes*, a las que solían ser convocados por el brazo eclesiástico, junto a los obispos aragoneses. Allí estarán los abades de San Juan de la Peña, Montearagón, San Victorián, Veruela, Piedra, Rueda y, en menor escala, los de Santa Cristina de Somport, Fuenclara y Santa Fe.

En pugna constante con sus súbditos, que pretendían emanciparse del yugo señorial, y tras sucesivas reformas entre los siglos XV y XVII, las Órdenes monásticas, y las religiosas también, llegaron al XVIII pujantes, formando parte del sistema señorial. Pero el siglo XIX fue amargo para la mayor parte. Su existencia, a causa de sus

excesivas posesiones territoriales acumuladas, significaba un gran problema para la intensificación agraria del país, aunque no debemos olvidar los grandes señoríos y latifundios nobiliarios laicos y aun comunales. Este clima enrarecido desembocó en varios procesos de desamortización. Luego, la última Guerra Civil y la crisis vocacional, debida a causas diversas, acabaron por vaciar sus claustros.

Dejando aparte una vez más a las comunidades de las órdenes religiosas, las cenobíticas, las que acabamos de ver, apenas sí sobreviven hoy. La mayor parte de los monasterios han cerrado sus puertas cuando no se hallan en estado ruinoso. Joyas arquitectónicas del románico, del gótico o del barroco se tambalean con cada trueno nuevo: el monasterio cisterciense de Santa Fe, junto a Zaragoza, es un ejemplo; otras sirven de aprisco, como el magnífico recinto murado de la Cartuja de Fuentes. Comunidades hay que quizá desaparezcan con la última de sus monjas actuales, como es el caso de Santa Clara de Huesca, o como le ha sucedido recientemente al monasterio cisterciense femenino de Casbas; otras sobreviven a base de préstamos humanos, como Sigena. Las únicas que perduran, aparte los cartujos de Aula Dei, son aquellas órdenes que, surgidas monásticas en el renaciente mundo urbano medieval, se adaptaron plenamente a la ciudad, dominicos y franciscanos entre ellas.

La realidad es que todos los monasterios desempeñaron no sólo un papel sino varios papeles entre el pueblo; todos tienen su deber y su haber. Pero lo que tienen todos, asimismo, es un halo de misterio a poco que se intente rellenar de vida imaginaria las dependencias hoy vacías haciendo un ejercicio de empatía con los que estuvieron dentro y fuera del cenobio, con sus desamores y sus quereres. San Juan de la Peña y Santa María de Sigena, por ejemplo, no son sólo las piedras de su continente, sino también el abad Briz Martínez y la priora Ozenda, los donados y sus familias que recogían leña del monte para calentar estancias en las que rezar y escribir; hicieron monasterio el noble Lope Ferrench, el conde de Aranda y el rey Pedro II que se hicieron enterrar entre sus muros para ganar la eternidad; son, asimismo, monasterio las gentes de Santa Cilia de Jaca y de Candasnos que labraron las tierras de ambos cenobios con sudor propio; son monasterio los trigos monegrinos de Sigena y las vides que en el Tricio riojano daban caldo para San Juan de la Peña; monasterio son los pobres y los peregrinos que reponían fuerzas en sus hospitales; monasterio son los picapedreros que moldearon los sillares de la iglesia y el escultor y el pintor que dieron forma a retablos y capiteles. San Juan de la Peña y Sigena, como todos los demás monasterios, son a la vez una y mil cosas y por eso interesan tanto a los arqueólogos como a los filólogos, a los historiadores de las mentalidades, de la Iglesia, de los señoríos, de la cultura, de las instituciones, del arte... Interesan a los etnólogos y etnógrafos, a los geógrafos y paleógrafos, a los políticos... Interesan al simple ciudadano con un mínimo interés por sus raíces seculares.

Los monasterios son tan inasequibles a los ojos del hoy como lo fueron a las gentes de ayer, cuando claustros, salas capitulares, refectorios, celdas, iglesias, coros y dormitorios comunes se llenaban de hábitos negros, blancos o castaños que caminaban con pasos quedos y lentos. Cuando el claverero o la clavera cerraban la puerta última para proporcionar más intimidad al recogimiento, el misterio invadía al lego, fuera campesino o herrero, que quedaba fuera. Era la hora de la imaginación, el momento de dar forma al misterio, el instante de tratar de explicar lo inexplicable. Comenzaba el tiempo del rumor sordo, de la anécdota elevada a verdad, de la leyenda justificativa.

Para empezar, convendrá decir que pocos son los monasterios que no hayan anidado relatos fantásticos e incluso los hay que justifican en una leyenda su nacimiento. Recorramos el territorio aragonés de norte a sur para repasar historias legendarias de nuestros monasterios. Comencemos por la fundación de cenobio de San Martín de Cercito:

“Cuando falleció el conde Aznar, el mítico héroe de los jacetanos, le sucedió su hijo Galindo, quien dedicó su vida entera a la reconquista frente a los moros y a la repoblación del pequeño territorio aragonés. Para llevar a cabo esta segunda e importante tarea, se apoyó en los pequeños y dispersos monasterios existentes para la reorganización de la vida en los pequeños valles en los que se asentaban.

Hombre de profundo sentido religioso, aparte de amparar al ya célebre monasterio de San Pedro de Siresa, él levantaría su propia obra, que no fue otra que la del monasterio ubicado en Cercito, a orillas del río Aurín, que puso bajo la advocación de san Martín. Muy aficionado a la caza, el conde Galindo recorría con los suyos una mañana las frondosas riberas del río Aurín tras un escurridizo y atemorizado jabalí, animal dueño y señor de estas tierras quebradas. Para poder andar, tenía que ir cortando con su propia espada el ramaje que casi le impedía el paso y no le dejaba ver. De pronto, con gran sorpresa y admiración suya y de quienes le acompañaban, encontró, oculta entre aquellas espesuras, una pequeña capilla dedicada a san Martín, el gran santo francés, al que tanto habían admirado sus antepasados.

Ante aquel inesperado hallazgo, don Galindo se olvidó por completo del animal al que iba persiguiendo y decidió recorrer con detenimiento todo el valle, acampando incluso en él varios días. Quería estudiar bien el terreno y ver la posibilidad de convertir aquella pequeña capilla en un monasterio capaz de albergar a una comunidad numerosa de frailes, pensando en edificar para ello unas nuevas y más amplias dependencias. Satisfecho de las observaciones realizadas y viendo viable el proyecto, decidió consultar con el rey en la primera ocasión que se le presentó, de manera que recibió la autorización real para fundar el cenobio, que muy pronto sería habitado por monjes benedictinos”.

Todavía se recordaba en Sopeira, pequeña localidad donde se levanta el monasterio románico de Alaón, que se lanzaban piedras a un pozo aledaño al mismo a mediados del siglo XX, costumbre derivada de una leyenda.

“En cierta ocasión, viajó el rey aragonés a Alaón, atravesando con dificultad no sólo el ‘Paso de Escalas’ sino todos los caminos que llevaban al cenobio. Descansó en él el monarca y, antes de marchar, entregó al abad, fray Benito Larrás, cierta cantidad de dinero para adecentar las vías de acceso. No obstante, el abad, ante la epidemia que en aquellos momentos azotaba la comarca, prefirió destinar el dinero en socorrer a los enfermos en lugar de reparar los caminos, necesidad que a su juicio podía esperar. El desacato llegó a los oídos del rey que, ante la denuncia que se le formulaba, no tuvo más remedio que actuar, aunque ello implicaba ajusticiar al abad. En efecto, el fraile fue condenado a morir ahorcado. Acató fray Benito la condena, pero solicitó un último deseo al que el rey accedió: cuando se cumplieran treinta años de su muerte, debían desenterrar su cuerpo, pincharle el brazo izquierdo y volverle a enterrar, pero entonces en el monasterio, en un lugar que diesen los rayos del sol y sobre el que todos cuantos fuesen a Sopeira tuvieran que pasar por encima. Con gran pena por parte de los vecinos, la justicia real se cumplió y se le dio sepultura en un lugar apartado.

Lo cierto es que el tiempo pasó y nadie se acordaba de lo sucedido. Pero cuando se cumplieron los treinta años del ajusticiamiento, un monje observó cómo de la tumba del antiguo abad salía una mano que asía un pergamino. Ante lo insólito del caso, se le comunicó al rey, que recordó su promesa, ordenando desenterrar el cuerpo de fray Benito, que no sólo apareció tan natural como el día en que fuera ajusticiado, sino que al pincharle el brazo brotó sangre caliente. Emocionado por el hecho, ordenó también que se le llevara al monasterio, se le depositara en la cripta y se abriera una mirilla orientada al camino que fue objeto de su trágico fin. Además, los caminantes podían pasar casi por encima de su tumba, tal cual había sido su deseo. Desde entonces, todos cuantos pasaban por allí, conedores del motivo humanitario por el que murió fray Benito Larrás, cogían una piedrecilla y tras besarla la arrojaban a la cripta, como si del rezo de una oración se tratara”.

Por otra parte, lo mismo que Covadonga presume de ser el primer núcleo de resistencia de los cristianos norteños, en Aragón este honor se lo atribuye, según la leyenda claro, el monasterio de San Pedro de Tabernas, actualmente en ruinas:

“Cuando llegaron a Zaragoza las noticias de la cercanía de las tropas musulmanas, su obispo Bencio reunió todas las reliquias y las jocalías de las iglesias de su diócesis y se trasladó con una comitiva a Ribagorza. Una vez allí, de acuerdo con el conde Armentario, viendo la imposibilidad de poder defenderse de tan avasallador empuje, decidieron refugiarse todos en el monasterio de San Pedro de Tabernas, donde les dio asilo su abad Donato. Con el obispo zaragozano, acabaron refugiándose allí otros siete prelados más, de modo que esta reunión episcopal prácticamente pudiera considerarse como el primer concilio o sínodo regional.

En torno al cenobio, amparado por las dificultades que presentaba el terreno, se organizó el primer núcleo conocido de resistencia cristiana, bajo la autoridad del último conde gótico, Armentario, y donde el propio obispo zaragozano Bencio, por ser representante y cabeza de la más importante diócesis abandonada a los moros, fue considerado como obispo de Ribagorza. El propio Bencio encabezó la embajada enviada al otro lado de los Pirineos para demandar socorros a Carlos, rey de los francos, que prometió su ayuda a los

ribagorzanos, de manera que, sin duda, se puede considerar éste como el primer movimiento reconquistador no sólo de Aragón, sino de toda la Península. La situación se agravaría poco después, cuando las tropas musulmanas ocuparon sistemáticamente buena parte de la Ribagorza, llegando incluso hasta este reducto que se creía seguro, donde dieron muerte al propio obispo Bencio. Todo parecía venirse abajo, pero para entonces el germen reconquistador y de resistencia estaba sembrado y pronto fructificaría”.

Pero el monasterio más prolífico en leyendas, no sólo del norte pirenaico sino de todo el Reino fue, sin duda alguna, San Juan de la Peña. Muchas de esas leyendas pasaron durante siglos como certezas incuestionables a las páginas de la historia del cenobio y de Aragón.

En palabras propias, que aprovecho para esta ocasión,

“si hemos de dar crédito a estas narraciones legendarias habremos de acordar que las raíces de Aragón como pueblo y como realidad histórica se hallan en el monasterio de San Juan de la Peña. No cabe ninguna duda acerca de ello cuando en las inmediaciones del monasterio, según los relatos legendarios, cristaliza la primera resistencia de los cristianos aragoneses frente al poderío musulmán, levantando incluso toda una ciudad nueva, la de Pano, aunque pronto sería arrasada. Todo esto no es de extrañar cuando se nos dice además que los santos Voto y Félix predicaron en favor de la rebelión que dio origen a la reconquista, convirtiéndose en los principales cabecillas del movimiento, llevando incluso personalmente la noticia del comienzo de la lucha armada a Zaragoza.

Por otra parte, la fábula nos dice que por consejo de san Voto y san Félix, su hermano, es en el monasterio pinatense donde los cristianos aragoneses se deciden a organizarse en una monarquía, proclamándose allí el primer rey, el cual, en agradecimiento por la primera victoria contra los moros en Aínsa, fundó San Juan de la Peña. Mas si esto fuera poco, los santos Benedicto y Marcelo, discípulos de Voto y Félix, consiguieron que por su consejo naciera el justicia de Aragón como juez mediador entre el rey y sus súbditos, entre los cuales destacarían los ‘seniores’ o ‘ricos-hombres de natura’, nacidos también a instigación suya.

Asimismo, con la donación que el rey hiciera a San Juan de la Peña del monte Abetito, se está fraguando el nacimiento de un señorío, con lo cual se dio origen a todo un nuevo sistema social, económico y político que llegaría hasta la caída del Antiguo Régimen en el siglo XIX. Este señorío se fortalecería tanto por la cohesión que proporcionó el ‘Voto de San Indalecio’, cuyos restos mortales habían ido a parar a San Juan en el siglo XI, como por la creación de una Orden de Caballería propia.

La leyenda, asimismo, nos dice cómo al cenobio pinantense van a orar ante la imagen de Nuestra Señora de San Juan los reyes y sus capitanes antes de emprender cualquier acción bélica, cual es el caso concreto de Alfonso I el Batallador, llegado desde Juslibol poco antes de cruzar el Ebro para asediar y tomar Zaragoza.

Por otra parte, la importancia adquirida por el monasterio alcanza a ser tal que los obispos mozárabes de Huesca, ante el temor a Almanzor y a su hijo Abdelmelec, deciden tras-

ladar la sede oscense a San Juan de la Peña, donde recibirían el título de obispos de Aragón. Por su parte, Ramiro I, aprovechando su amistad con el rey moro de Sarakosta, restablecerá el episcopado de esta ciudad en la persona de un abad de San Juan de la Peña, lo cual se convertirá en costumbre. Por último, tras el concilio celebrado en el propio monasterio sanjuanista, con el consentimiento del rey, se acordó que los obispos de la recién instaurada sede de Jaca fueran nombrados siempre de entre los monjes de San Juan de la Peña. La influencia de éstos dentro de la Iglesia aragonesa era, pues, enorme, lo único cierto de cuanto llevamos dicho.

Ante la sucesión de acontecimientos legendarios como los que acabamos de ver, a nadie debería extrañar que en San Juan de la Peña tuvieran lugar hechos portentosos, como el que las lámparas que iluminaban la imagen de Nuestra Señora de San Juan no produjeran humo jamás; las curaciones inexplicables acaecidas en torno a las tumbas de Voto y Félix; la curación del caballero gotoso por intercesión de san Indalecio; el agradecimiento de Nuestra Señora de San Juan ante las predicaciones del abad Briz; el caso de la vieja cocina en la que nunca se produjo ceniza alguna; o el hecho de que las piedras caídas de la roca que cubre el monasterio jamás hayan lesionado a persona alguna, aunque sí a aves y animales.

San Juan de la Peña es, por un lado, una realidad tangible y medible, pero a su vez, por otro, forma parte de un mundo mítico y legendario en el que se ven envueltos tantos pueblos que tienen historia propia como es el aragonés”.

En el somontano pirenaico son varios los cenobios tocados por el aura de la leyenda, aunque sólo recordaremos alguno de ellos. Por estar vivo todavía, traeremos aquí al monasterio de Nuestra Señora del Pueyo, hoy centro espiritual del somontano barbastrense, ligado a uno de los muchos santos aragoneses, san Baladrán, elegido heraldo de la Virgen:

“Baladrán, natural de Morilla de Ilche, un muchacho nacido en el seno de una familia bastante humilde, ayudaba con su trabajo de pastor al sostenimiento de la misma. Entre los lugares preferidos por sus ovejas para pastar, pocos como el montículo del Pueyo, en las cercanías de la ciudad de Barbastro. Allí se hallaba un día cuando, tras recoger el rebaño en un redil, se disponía a tomar un bocado y a pasar la noche en una pequeña cueva que él mismo había acondicionado y le servía de amparo. Tras comer el pan y las magras de rigor, se dispuso a rezar para arrebujarse en la manta. Le acompañaba su perro. De pronto, en el silencio del monte, oyó que alguien le llamaba por su nombre. Temeroso y desconfiado, se acercó al almendro de donde parecía proceder la voz misteriosa y, atónito por lo que veía, hincó sus rodillas en tierra. Tenía ante sí a la Virgen, apoyada en una de las ramas del árbol. Dialogó como pudo con ella, que le solicitaba que fuera a Barbastro a contar lo sucedido y, sobre todo, a manifestar a los barbastrenses su deseo de que se le construyera en el Pueyo un santuario donde mejor acomodarse. Para que no le tomaran por necio o que pudieran no creerle, le grabó una señal indeleble en la frente. Los habitantes de Barbastro, con el clero y las autoridades a la cabeza, fueron en procesión hasta el Pueyo al día siguiente. En el almendro, mientras las ovejas pastaban solas por la ladera, la imagen sonriente de la Virgen, llamada del Pueyo desde ese instante, convenció a todos. Pocos meses después, en la cima misma del pueyo o montículo, había nacido un hermoso santuario, lugar habitual de peregrinación de todos los pueblos de la comarca que

se domina desde lo alto. Balandrán, aun sin dejar de apacentar a sus ovejas, decidió dedicarse al servicio de Nuestra Señora, a la que pronto honraría una comunidad entera de frailes”.

En los Monegros, con el apoyo de la monarquía, nacería el monasterio de Santa María de Sigena para acoger a las damas nobles del reino. A fines del siglo XII, las órdenes militares del Hospital (o de San Juan de Jerusalén) y del Temple estaban de moda en Aragón, tanto por la importancia adquirida tras el testamento de Alfonso I el Batallador como por la fama ganada en la defensa de los Santos Lugares y en varias acciones reconquistadoras en tierras del Ebro. Entre ambas, el espíritu femenino eligió aquella que mejor parecía satisfacer sus anhelos, ya que les brindaba la oportunidad de dedicarse a las funciones caritativas para con los enfermos de su sexo. Así es que cuando la reina doña Sancha, esposa de Alfonso II de Aragón, decide fundar el monasterio de Sigena para recogimiento de damas de la nobleza como monjas hospitalarias el fermento es enorme. El cenobio sigenense, que fue una realidad, también nace envuelto por la leyenda:

“Existía ya una congregación masculina hospitalaria en Sigena y allí tuvo lugar un hecho extraordinario que fue decisivo para elegir el enclave actual. La zona era pantanosa y propicia para el pastoreo, de modo que, durante varios días, un toro venía separándose sistemáticamente de la manada. El pastor, extrañado por el hecho tantas veces repetido, decidió seguirle una tarde hallándole en total quietud observando una imagen de la Virgen en medio de uno de los islotes. Con gran fervor por parte de los habitantes de la comarca, se llevó la imagen a la iglesia del pueblo, pero una y otra vez desaparecía para volver a la pequeña isla. Llegó a la corte la noticia del prodigio y la reina doña Sancha, que andaba buscando entonces un lugar adecuado donde erigir su cenobio hospitalario, no lo dudó, puesto que estaba claro que la Virgen deseaba permanecer en el lugar elegido por ella, por lo que había que acondicionarle un abrigo decoroso, levantarle un altar, una iglesia, un monasterio entero”.

Menos conocida es la leyenda anidada en un pequeño monasterio, hoy simple ermita, en la cresta de la Sierra de Alcubierre, el de San Caprasio. Es históricamente cierto que, a partir del año 711, los musulmanes emprendieron la conquista de toda la Hispania goda, tarea que, excepto en las montañas astures, habían concluido ocho años más tarde, hacia 719. A partir de entonces, atravesaron incluso los Pirineos y recorrieron las Galias por dos rutas distintas. Por el Este, su permanencia fue más dilatada y llegaron a apoderarse de Perpignan, Narbona, Carcasona o Nimes, hasta que las liberó Pipino el Breve (756); por el Oeste, Abderrahmán al-Gafequí se presentaba ante Poitiers, donde era derrotado en 732 por Carlos Martel. Parece ser que en la ruta del Este, la del Mediterráneo, los moros destruyeron en 732 el monasterio levantado en la isla de Lerins, frente a la costa de Cannes, cenobio que, fundado por el mismo san Caprasio, era célebre por su escuela de teología y ciencias. Y aquí comienza la leyenda, que bien pudiera ser cierta.

“Los monjes del cenobio francés, perseguidos, se vieron obligados a huir de manera precipitada y algunos de ellos, según la leyenda, lograron llegar hasta la sierra de Alcubierre donde encontraron el acomodo y sosiego que buscaban. Allí, a más de ochocientos metros de altitud y a salvo de los avatares guerreros de la época, se constituyó una nueva y pequeña comunidad religiosa, tolerada por los moros, bajo el patrocinio de san Caprasio, que muy pronto se hizo famosa por sus pócimas y brebajes medicinales, albor de la alquimia en nuestra tierra, y que los frailes recetaban a cuantas personas se acercaban a ellos en busca de consuelo y alivio para sus cuerpos y almas. Aquel pequeño y solitario cenobio, del que hoy no queda más que una minúscula ermita todavía dedicada al santo patrón, era famoso por sus recetas para combatir diversas dolencias, pero sobre todo la migraña, el reumatismo y el mal de amores. Sus fórmulas se fundamentaban tanto en las muchas y variadas hierbas medicinales existentes en la sierra y alrededores como en la ciencia frailuna para combinarlas y aplicarlas de manera adecuada para cada caso concreto”.

Si nos trasladamos a las tierras quebradas del Sistema Ibérico, los monasterios y las leyendas se multiplican, cual es el caso de Trasobares, adornado con dos leyendas relacionadas entre si:

Estamos en Jaca, capital del reino. Sancho Ramírez, rey de los aragoneses, estima que debe coordinar sus esfuerzos con los cristianos de Castilla para oponer un frente común a los musulmanes que dominan el valle del Ebro. Prepara, pues, un viaje a tierras castellanas, que debe hacerse con toda discreción para no levantar sospechas.

“Acompañado solamente por un criado, emprendió el viaje disfrazado de arriero y, tras cabalgar día y noche, ambos se perdieron en el camino. Estaban en tierra de moros y, por lo tanto, temerosos de caer en sus manos. De repente, el canto de un gallo al alborar el nuevo día les indicó que se hallaban cerca de un poblado. Decidieron hacer un alto y redoblaron la vigilancia para no verse sorprendidos por los vigías moros. El criado, con sumo cuidado, se adentró en la desconocida población y, dirigiéndose a una de las casas de su barrio mozárabe, le proporcionaron las vituallas necesarias para proseguir el viaje y le informaron que el poblado se llamaba Trasobares. Luego, durante el retorno junto a don Sancho que le estaba esperando ansioso, en medio de una intensa y casi cegadora luz, vio una imagen de la Virgen. Se sintió emocionado y sorprendido, y corrió cuanto pudo para contarle al rey lo que acababa de sucederle. A pesar del peligro que suponía, los dos fueron al lugar de la aparición. Entonces, el rey, con sumo cuidado, tomó y envolvió la imagen entre paños y, tras acomodarla en la silla de su montura, decidió suspender el viaje a Castilla y regresar a Jaca sin dilación para, una vez allí, depositar la imagen en el monasterio de San Pedro de Siresa”.

Cuenta la tradición que la imagen de la Virgen que los mozárabes de Trasobares habían perdido en el siglo XI les fue devuelta en cuanto Alfonso I el Batallador reconquistó el castillo de este pueblo, pues es sabido por medio de la leyenda cómo el propio rey Sancho Ramírez la había llevado personalmente al monasterio de San Pedro de Siresa para ponerla a salvo de los moros. El retorno de la talla de madera

a Trasobares constituyó un verdadero acontecimiento en el pueblo y en la comarca, pues sus habitantes recuperaban parte de sus raíces, pero el hecho hubiera pasado más o menos desapercibido de no ser por los hechos que se sucedieron poco después, durante la minoría de edad de doña Petronila, la hija de Ramiro II el Monje.

“En efecto, doña Toda Ramírez –una importante e influyente dama que pertenecía a la nobleza castellana y estaba emparentada con la casa real de Aragón– se presentó en la corte aragonesa con la pretensión de solicitar ayuda para fundar un monasterio dedicado exclusivamente a albergar mujeres pertenecientes a la nobleza, cenobio que tenía pensado someter a la regla del Cister. Antes de convencer a la reina y al conde de Barcelona, viajó a Francia para entrevistarse personalmente en París con el mismo san Bernardo, que escuchó a la dama castellana, aceptó complacido la idea y concedió gustoso su placet, así es que con la aprobación en la mano doña Toda Ramírez regresó a Aragón. En la corte aragonesa, fue oída por la joven reina Petronila a la que convenció no sólo para que diera su asentimiento, sino también para que donara el terreno y dotara al nuevo cenobio de algunos bienes para su mantenimiento. A la hora de buscar el lugar idóneo para levantar el monasterio, el hecho de estar como estaban todavía frescos los acontecimientos de la devolución de la Virgen a los vecinos de Trasobares favoreció la elección de un paraje recogido a la vera del río Isuela que surge del Moncayo, aprovechando la existencia de la ermita de la Virgen, que pronto pasó a presidir la sala capitular del nuevo monasterio, de donde le vendría el nombre de Nuestra Señora del Capítulo”.

El monasterio de Veruela tiene también raíces legendarias, relacionadas con Pedro de Atarés (o Pedro Taresa, como le denominan algunos documentos), uno de los seniores o tenentes más importantes del momento, noble aragonés emparentado con la monarquía, que a punto estuvo de convertirse en rey tras la muerte de Alfonso I el Batallador, ante la crisis dinástica que entonces tuvo lugar. Tenía don Pedro el centro principal de su señorío en Borja y sus tierras aledañas.

“Era don Pedro un hombre de acción, por lo que también era frecuente verle recorrer sus dominios, interesándose por todo cuanto en ellos acontecía. No es extraño, pues, que, en cierta ocasión, una auténtica tempestad le sorprendiera en las inmediaciones del Moncayo, donde de paso pretendía cazar. Se perdió el noble en plena montaña y a punto estuvo de despeñarse con su cabalgadura. La cortina de agua era intensa; varios rayos cayeron a su alrededor segando de raíz inmensos árboles; las torrenteras se habían convertido en auténticas cataratas; y el viento huracanado apenas dejaba avanzar a su caballo que, enloquecido por el espectáculo, acabó por derribar al jinete, que se encontraba perdido y solo. Quizás por la gran devoción que le profesaba, en momento tan trágico para el noble se le apareció la Virgen a don Pedro. Venía a consolarle y a infundirle ánimos para seguir luchando contra los elementos adversos, como así sucedió. A la vez, invitó al señor de Borja a que levantara en aquellos parajes un monasterio en su honor, para que se convirtiera en centro espiritual de la comarca y en refugio de los caminantes como él. Pocos días después de acaecido este suceso, don Pedro de Atarés preparó los documentos pertinentes, dotó de dinero el proyecto que le diseñó su propio arquitecto y comenzó a levantar, con obreros llegados de todas las latitudes, el que se conocería como monasterio de Santa María de Veruela y que encomendó a una congregación de monjes cistercienses,

orden religiosa que hizo del cenobio un centro de enorme importancia repobladora y cultural para el desarrollo ulterior del Reino”.

Cerca de Estercuel, en el sur turolense, se levanta todavía y está vivo un monasterio de mercedarios, dotado actualmente de residencia para las gentes que necesitan vivir días de sosiego. Su fundación, de mediados del siglo XIII, también es legendaria:

“Don Gil de Atrosillo era señor del castillo de Estercuel, entre cuyos muros se había recluido en busca de sosiego, tras haber participado en las campañas de Mallorca, Valencia y Morella, entre otras. Una tarde recibió a un forastero que decía llamarse Pedro Novés, oriundo de las montañas jaquesas y experto en la conducción y cuidado de ganados. Tras la conversación, lo tomó a su servicio como mayoral, poniéndole al frente de sus múltiples pastores y numerosos rebaños. Pedro Novés se ganó pronto el respeto de todos, desde el señor hasta el último pastor. Por eso no daban crédito a la repentina locura de tan cabal persona cuando les quiso hacer creer que se le había aparecido la Virgen en persona. En efecto, ocurrió que una noche estando durmiendo en el monte de la Redonda, donde habían llevado el ganado en busca de pastos, se desveló cuando al otro lado del río vio brotar una intensa luz y oyó hermosos cánticos. Despertó a los pastores y les hizo observar el extraño fenómeno, pero al poco rato, creyendo que podrían ser algunos muchachos del pueblo, volvieron a dormirse. Pedro Novés no se contentó y, cuando todos dormían, fue a inspeccionar la zona. Quedó anonadado: sobre el tronco de un olivo, estaba una imagen de la Virgen, aparición que se repitió durante las dos noches siguientes. Pedro no sabía qué hacer. Fue Nuestra Señora la que le dijo que se lo comunicara a don Gil y así lo hizo, pero el señor de Estercuel, a pesar de la estima en que tenía a Pedro Novés, le creyó un iluso y un visionario, rogándole que olvidara todo aquello. Volvió el mayoral al lugar de la aparición y refirió a la Virgen lo sucedido: no le creían. Entonces tomó la mano de Pedro, la puso en su mejilla y le rogó que regresara a Estercuel. Nadie podría separar la mano de su cara y entonces le creerían, como así fue. Llevaron la imagen solemnemente a la iglesia parroquial, pero en tres ocasiones desapareció, apareciendo siempre sobre el mismo tronco de olivo sin que nadie la transportara. La intención estaba clara y así es como Estercuel levantó el monasterio de Nuestra Señora del Olivar”.

El monasterio cisterciense de Santa Fe, cercano a la ciudad de Zaragoza, sigue en pie todavía rodeado de su añeja muralla, pero forma parte de un poblado puesto que sus dependencias fueron adquiridas por una familia en época de la Desamortización del siglo XIX. Sus orígenes son también legendarios:

“Los monjes del monasterio de Fuenclara –cenobio que cierta tradición sitúa en las proximidades del río Cinca, en la diócesis de Lérida– estaban siendo molestados constantemente por los hombres de los condes de Urgell, así como permanentemente por los bandoleros que tenían atemorizada la comarca. Ante una situación tan difícil como aquella y tras mucho meditarlo, decidieron aceptar la propuesta que les hizo Miguel Pérez Zapata, señor de Cuarte, Cadrete y Purroy y, a la sazón, gobernador de Aragón: les ofrecía que se trasladaran a una pequeña ermita levantada en Santa Fe, junto a Zaragoza, en el lugar que llegaría a ser importante monasterio cisterciense. La comunidad de Fuenclara –ante los rei-

terados ataques que padecía y deseando vivir en paz para dedicarse por completo a la oración— encomendó a dos de sus más jóvenes monjes para que viajaran a inspeccionar el lugar que se les brindaba. Nada más salir del convento para emprender el viaje, fueron perseguidos y hostigados por los hombres del conde de Urgell hasta acorralarlos en la orilla de un río Cinca desbordado por las recientes lluvias torrenciales y, por lo tanto, imposible de vadear. Cuando estaban a punto de ser alcanzados por sus perseguidores, y ante la admiración y el asombro de aquellos desalmados, ambos monjes lograron atravesar el río tendidos sobre las cogullas de sus hábitos, que hicieron de embarcación segura. Una vez solventado el peligro prosiguieron viaje hacia Zaragoza y de allí a Santa Fe, donde inspeccionaron el terreno. Estaba situado en la huerta que riega la Huerva y el paraje era rico y feraz, capaz de proporcionar el alimento necesario a la comunidad, así es que fue de su agrado. Regresaron los dos monjes emisarios a su convento de Fuenclara y relataron a sus compañeros la excelencia del paraje que se les ofrecía, de modo que la comunidad entera decidió trasladarse a Santa Fe, donde crearon el monasterio que sería nuevo reducto de sus rezos”.

También el monasterio cisterciense de Rueda atesora varias leyendas de las que señalaremos una por la creencia que muchas gentes de Escatrón tienen de que pudiera ser cierta, aunque hasta ahora nunca se haya encontrado el pasadizo subterráneo al que hace referencia:

“Sin saber por qué, Juan, que estaba pescando tranquilamente a la orilla del río Ebro, se vio rodeado por sorpresa por varios soldados y, sin recibir ninguna explicación, fue a parar con sus huesos al calabozo. No sabía qué delito se le imputaba ni de qué tenía que defenderse. Lo que sí supo es que estaba encerrado en una sala de la iglesia-fortaleza de San Javier de Escatrón. Cuando se hizo de noche, en la calma y en la soledad de su celda, creyó oír un ruido de pasos en la calle y se acercó a la ventana para observar lo que sucedía. Así es como pudo contemplar una larga fila de monjes que caminaban raudos y en silencio absoluto, hecho al que en aquel instante no dio ninguna importancia. Al día siguiente, aunque sin recibir tampoco explicación alguna, fue puesto en libertad, al parecer por haber sido detenido el culpable de no se sabe qué delito. Fue a casa a tranquilizar a los suyos, pero en el camino recordó la procesión de monjes y cayó en la cuenta de que en la iglesia de San Javier no había más allá de cuatro o cinco. ¿Quiénes eran los demás? ¿Qué hacían allí? Cuando llegó la noche siguiente, intrigado por saber a qué podía deberse la presencia de tanto monje junto, se apostó en una iglesia cercana. A las doce en punto, un nutrido grupo de frailes entró en San Javier. Decidió esperar cuanto hiciera falta, hasta que, al despuntar el alba, los frailes abandonaron la iglesia con gran sigilo. Naturalmente les siguió. Tras recorrer algunas calles, la comitiva frailuna entró en una casa. El hecho se repitió día tras día: a la media noche, los frailes iban a San Javier; al amanecer, regresaban a la casa en la que permanecían hasta la media noche. No entendía nada, hasta que entre los religiosos reconoció a un fraile del monasterio de Rueda. Entonces supo lo que ocurría. Los monjes pasaban al monasterio, por debajo del río Ebro, a través de un túnel que salía de la casa”.

También los cartujos atesoran varias leyendas entre las paredes de sus conventos silenciosos, entre las que seleccionamos aquella que tiene que ver con el origen de la Cartuja de las Fuentes, hoy de propiedad particular.

“En un árido lugar de los Monegros, aunque salpicado de abundantes fuentes, hubo en tiempos una posada para caminantes situada a unas tres leguas de Sariñena, en donde un día se encontró una imagen de la Virgen que, por tal circunstancia, se veneró desde entonces en aquel paraje con el nombre de Nuestra Señora de las Fuentes. La nueva ermita levantada alcanzó cierta fama y no eran pocos los peregrinos y caminantes que se acercaban a descansar allí y a solicitar favores a la Virgen. Entre otros asiduos visitantes, se encontraban el noble caballero Blasco de Alagón y su esposa, Beatriz de Luna, condes de Sástago, quienes tuvieron la idea de crear allí una cartuja para lo que dispusieron una buena parte de su fortuna. Qué motivos movieron a don Blasco y a doña Beatriz a llevar a cabo esa fundación no se sabe a ciencia cierta, pero dos parecen ser las explicaciones más plausibles. Unos cuentan que, en una ocasión, el joven Artal, hijo de los condes, se había citado en la ermita con unos caballeros, pero no pudo acudir al encuentro por haber caído gravemente enfermo. Cuando murió como consecuencia de aquel mal, los padres decidieron enterrarlo junto a la Virgen para guardar el honor de la palabra dada acudiendo al lugar aunque muerto. Otros dicen que la cartuja nació como consecuencia del cariño que el conde tomó a los habitantes de la ermita cuando, herido de cierta consideración en el transcurso de una cacería, fue acogido afectuosamente por aquéllos, decidiendo incluso, cuando muriera, ser enterrado allí, como así fue. Lo cierto es el matrimonio quiso dignificar más la primitiva y menguada ermita de Nuestra Señora de las Fuentes y convertirla en una cartuja, aunque sólo puso el convento en pie doña Beatriz quien, una vez fallecido el conde, logró del rey Fernando II el permiso correspondiente”.

La leyenda, como acabamos de ver, forma parte consustancial de nuestros monasterios ayudando a crear el clima misterioso que siempre les ha rodeado, y en el que el canto de monjas y frailes, el gregoriano, también forma parte.

En esta envoltura mágica deberían estar los *exvotos*, tan prolíficos en las ermitas de nuestros pueblos durante siglos, pero, sin embargo, no aparecen. En efecto, en casi todas las religiones, entre ellas la cristiana, existe la costumbre de entregar ofrendas a la divinidad bien para agradecer un beneficio recibido bien para tratar de merecerlo, hábito que está generalizado tanto en el occidente europeo como en Hispanoamérica. La Virgen, en primer lugar, pero también múltiples advocaciones de santos han recibido y reciben las más variadas ofrendas, distintas con el paso del tiempo. Hasta mediados del siglo XX, eran corrientes reproducciones de cera, plata u oro de la parte enferma, milagrosamente salvada (ojos, pechos, pies, piernas, brazos, etc.), además de muletas, pelucas, mortajas o velos de novia, el traje o el capote de paseo de un torero que salvó la vida cuando aún no existían los antibióticos, entre otras muchas cosas. En época más reciente, hasta que se dejan de ofrecer, fue la fotografía la reina.

Destacan por su gran valor etnográfico –aunque no tanto artístico puesto que fueron hechos por simples pintores locales– las tablillas o pequeños cuadros pictóricos que representan el ‘milagro’ efectuado por curación de enfermedades y dolencias, terminación de epidemias, protección de accidentes laborales, salvamento de animales de labor o de carga, protección en guerras o protección en naufragios. Vemos, así, la caballería despeñada por el terraplén que resulta indemne, la curación de un

leproso, o el puerto de La Habana de donde volvió salvo y sano el mozo del pueblo después de sortear peligros innumerables, etc.

Aparte de la curiosidad que implica verlos colgados en las paredes de ermitas e iglesias, con los exvotos se pueden hacer estudios sociológicos, sobre medicina, culturales, religiosos, etc. del espacio geográfico donde se hallan. La enfermedad y el ansia de salud, la desesperación y la esperanza existen y los exvotos son testimonio de ello, si bien cada día desaparecen algunos o son arrinconados de manera vergonzante en habitaciones recónditas de nuestros santuarios.

Quedan aún en Aragón ermitas con exvotos si bien cada día son menos: los había en Adahuesca (Nuestra Señora de Treviño), Acered (Nuestra Señora de Semón), Cuevas Labradas (Virgen de Cilleruelos), Estadilla (Virgen de la Carrodilla), Blancas (Virgen de la Carrasca), Alcañiz (Nuestra Señora de los Pueyos), Épila (Nuestra Señora de Rodanas) o Aniés (Nuestra Señora de la Peña), entre otras ermitas. En los monasterios, en los que el acceso de los fieles está mucho más restringido, los exvotos faltan.

Para finalizar con este recorrido por los entresijos del sugestivo mundo de los monjes y los monasterios que, no olvidemos, forman parte del mundo sacralizado medieval hispano y aragonés, es obligado referirse a las *reliquias*, que originaron un curioso movimiento, de grandes alcances, en todo el mundo cristiano, en el que rivalizaron entre si iglesias, ermitas, monasterios, reyes y nobles.

Desde el momento mismo del nacimiento de la religión predicada por Jesús, los cristianos comenzaron a venerar los objetos y lugares relacionados con éste y con su Pasión, haciendo pronto extensiva tal devoción a los restos de los santos, a sus pertenencias y a los objetos que estuvieron en contacto con ellos. Fue tal la fiebre desatada por las reliquias durante la Edad Media que su tráfico se convirtió en un verdadero problema, teniendo que intervenir Roma para tratar de evitar abusos de todo tipo, incluidas naturalmente las falsificaciones.

Estas reliquias (manos, brazos, piernas, cabezas, canillas, objetos diversos, fragmentos de la Cruz, gotas de leche de la Virgen, piedras del pesebre de Belén, etc.), guardadas en cofres, cajas, dedos, brazos, bustos –los llamados ‘relicarios’– eran expuestas a los fieles e imploradas frente a desgracias personales o catástrofes naturales (eran sacadas en procesión con ocasión de tormentas, los ‘nublados malignos’), se utilizaban para exorcizar a los poseídos, o se acudía a ellas para protegerse de epidemias, hambrunas o sequías pertinaces. Poco a poco fue declinando su importancia, de manera que hoy constituyen meros vestigios de la religiosidad popular de antaño, aunque al menos por su valor patrimonial debieran desenterrarse. No obstante, algunas reliquias aún atraen la atención de fieles y curiosos. El prestigio de una institución religiosa llegó a medirse por el número de reliquias que atesoraba. Los monasterios y las iglesias –e incluso muchos particulares para guardarlos en sus propios oratorios privados– rivalizaron entre sí de las maneras más diversas e inverosímiles por adquirir y conservar en hermosos relicarios, que a veces eran auténticas obras de arte orfebre, aquellos verdaderos tesoros apreciados por la fe.

En iglesias parroquiales y ermitas es bastante corriente hallar reliquias de todo tipo. Además de los corporales, todavía venerados en Aguaviva, Daroca y Aniñón, con importantes celebraciones anuales, existen aún tantas reliquias y relicarios que su simple enumeración es imposible. Ejemplo bajoaragonés (donde existen varios relicarios) puede ser el de Torrecilla de Alcañiz, del que Faci escribió “que es el Relicario más admirable que después de los Innumerables Mártires de Zaragoza se venera en Aragón”, que fue creciendo hasta el siglo XIX. Reliquias famosas y todavía veneradas en su arqueta de plata de la iglesia de San Miguel son las de Castiello de Jaca, tan relacionadas con el Camino de Santiago. Muchas vicisitudes han pasado las reliquias y relicario de los santos mártires y patronos de Teruel, Juan de Perugia y Pedro de Saxoferrato. Loarre conserva todavía dos relicarios del siglo XII, conteniendo uno de ellos restos de san Demetrio; en Ayerbe, aparte de un busto-relicario, dos relicarios de plata de los siglos XVI (santa Leticia) y XVII (san Esteban y san Sebastián) son buena muestra de esta tradición cristiana; varios son los relicarios que enseña el Museo de la colegiata de Borja. En Gelsa es muy apreciado el relicario de la Santa Espina, obra artística del siglo XVII, en el que la tradición dice guardar una espina de la corona de Cristo, venerada en procesión solemne todos los años. En Ambel, las ‘Santas Reliquias’ han logrado la categoría de patronas del pueblo y han originado un dance singular. Por último, también Liesa celebra la ‘Fiesta de las Reliquias’ en Pentecostés, con asistencia de los pueblos cercanos.

Mención especial requieren las reliquias guardadas en unos relicarios especiales, pues se trata de bustos, a veces con parte del torso y brazos, en cuyo interior se introducía un huesecillo de la cabeza de la santa o santo representados. Tales bustos-relicario dieron lugar a una auténtica especialización artística, pues la mayoría, realizados en plata –aunque los hay de cobre, bronce, madera o terracota– fueron objeto de delicados trabajos de los talleres de los orfebres más afamados, que incrustaban piedras preciosas. Una vez extendida la moda, se labraron algunos sin reliquia alguna dentro. Abarcan de los siglos XIV al XVIII y en Aragón sobrepasan el medio centenar. No obstante, en esta lista faltan los monasterios.

Tenemos, asimismo, abundantes noticias –unas legendarias, otras reales– del pasado remoto, como cuando el obispo Bencio de Zaragoza huyó hacia el Pirineo poco antes de tomar los moros la ciudad transportando los tesoros y las reliquias de la sede cesaraugustana para ponerlos a salvo; sabemos, asimismo, cómo Alfonso I logró vencer a los musulmanes gracias a las reliquias que siempre le acompañaban en una arqueta; conocemos, por otra parte, que Jaime I el Conquistador hizo entrega del preciado relicario que siempre llevaba consigo a la Virgen de la Huerta de Magallón en reconocimiento a la ayuda que ésta le prestara en la guerra y donó una espina de la corona de Cristo al monasterio de Samper, tal como nos narra la siguiente leyenda, que tiene un prólogo que pudiera ser cierto, dado que el propio abad Guillermo, cuando llegó hasta aquí dispuesto a fundarlo, dice haber entregado al tesoro monástico una espina de la corona que ciñera la cabeza de Cristo, versión recificada por la tradición popular y la leyenda:

“La tradición popular muy extendida por la comarca cuenta que la sagrada reliquia –un verdadero tesoro de acuerdo con la escala valorativa de los relicarios– fue una donación personal del rey Jaime I el Conquistador a los monjes bernardos para que la depositaran en el monasterio de Samper, lo cual nada tendría de extraño conociendo la afición e inclinación que el conquistador de Valencia tenía, aparte de por la virgen María, por las reliquias de todo tipo, y él, en su calidad de rey, estaba en condiciones de lograr para los suyos reliquias importantes, como la que hizo depositar en el monasterio cisterciense de Samper”.

Ciñéndonos al mundo monacal, noticias tenemos de cómo el rey Sancho Garcés sólo logró sanar de la grave enfermedad que padecía ante el brazo del apóstol san Pedro custodiado en el monasterio de San Pedro de Siresa, el más francés de los monasterios pirenaicos, levantado al pie de la calzada romana que atravesaba los Pirineos por el puerto de Palo, y que sería el primer tramo acondicionado del primitivo Camino de Santiago, donde estuvo durante algún tiempo el Santo Grial, que vio engrandecer su patrimonio espiritual con la llegada del brazo de san Pedro, según la leyenda que narra los hechos así:

“El rey Sancho Garcés estuvo a punto de morir a causa de una larga y penosa enfermedad, a pesar de haber puesto en práctica todos los medios curativos que los físicos tenían entonces a su alcance. Como no encontraba remedio a sus males, decidió acudir a la protección del apóstol san Pedro, cuyo brazo se veneraba en el monasterio de Siresa. El resultado fue milagroso, pues don Sancho sanó y pudo regresar a palacio. Mientras convalecía en el cenobio, su abad contó al rey cómo había ido a parar allí reliquia tan preciada. Según palabras del abad, san Leandro, obispo de Sevilla, quiso que Hispania tuviera una reliquia del apóstol san Pedro, y envió a Roma una comisión que encabezó Ciriaco, a la sazón obispo de Zaragoza y amigo del entonces pontífice san Gregorio.

En principio, el Papa negó el beneficio, pero la tozuda insistencia de Ciriaco hizo que aquél lo consultase con Dios por medio de un ayuno de tres días, aunque no fue necesario esperar a que el plazo se cumpliera, puesto que tras el primer día de ayuno el propio san Pedro se le apareció al pontífice y le dijo que fuese a su sepulcro, en el que hallaría, separada de las demás, la reliquia que debería entregar al obispo zaragozano. Así fue como le entregó uno de los brazos del Apóstol, que fue colocado cuidadosamente en un precioso relicario de oro y traído a Hispania. Tras largo viaje, Ciriaco regresó a su sede con tan preciado tesoro y conoció la noticia de la muerte de san Leandro, por lo que resolvió dejar la reliquia en Zaragoza. Falleció también Ciriaco y el brazo del apóstol san Pedro, un auténtico tesoro, continuó en la ciudad del Ebro hasta días antes de la invasión musulmana, a comienzos del siglo VIII, cuando los cristianos zaragozanos acordaron poner a salvo todas las reliquias y ornamentos, muchos de los cuales fueron a parar al monasterio de San Pedro de Siresa. Sancho Garcés, antes de abandonar Siresa, agradecido por la curación de que había sido objeto, hizo donación de la villa de Usón al cenobio, cuando corría el año 923”.

Recordemos, asimismo, cómo el monasterio de Montearagón pudo vanagloriarse de custodiar pan de la Última Cena, que se salvó milagrosamente de un pavoroso incendio según la leyenda.

“El real monasterio de Montearagón, ubicado en las cercanías de la ciudad de Huesca, como correspondía a uno de los más importantes centros espirituales y de poder socioeconómico de todo el reino de Aragón, atesoraba importantes reliquias, tanto de santos diversos como de objetos que habían tenido alguna relación con los primeros momentos de la aparición del cristianismo. Igual que sucedía en la lejana Constantinopla, una de las joyas más preciadas del cenobio oscense lo constituía un pequeño fragmento de pan de la Cena del Señor, aquella en la que Jesús instituyó el sacramento de la Eucaristía en torno a los doce Apóstoles, es decir, auténtico pan de Jerusalén. Durante siglos, ha sido duda si el pan conservado en Montearagón es un fragmento del consagrado directamente por Jesús, pero de lo que la tradición tiene toda la certeza es que se trata de pan que estuvo sobre la mesa en la que tuvo lugar la última Cena.

Pues bien, con ser extraordinario que reliquia tan importante fuera a parar al real monasterio, más portentoso es todavía que este fragmento de materia tan perecedera y frágil se salvara del incendio que asoló el convento en el año 1477. El convento había padecido para entonces varios incendios parciales, pero éste fue bastante voraz, cebándose fundamentalmente en la iglesia conventual, cuyo altar mayor fue pasto de las llamas por completo, sin que los esfuerzos de los propios monjes, de los donados y de los vecinos de la cercana población de Quicena pudieran sofocarlo con prontitud. Como protegido por una fuerza invisible –junto a otras muchas y singulares reliquias– el fragmento de pan apareció intacto entre los escombros y las cenizas, lo que dio origen a que llegaran a Montearagón fieles de todas las latitudes para admirar aquel testimonio único”.

Basta acercarse a los documentos publicados del monasterio de San Andrés de Fanlo –importante antaño, ahora simple pardina derruida junto a Ipiés– para hallar en el documento ‘inventario del tesoro, libros, ropas de altar y cama, herramientas y ganado’, de fines del siglo XI, y ver cómo se custodiaban allí “in primis: uno reliquiario de fuste, et habet intus in illo reliquiario VI alios reliquiarios petitos de fuste sigillatos cum reliquiis”.

Conocidas y veneradas son las reliquias de los Innumerables Mártires conservados en el monasterio de Santa Engracia de Zaragoza, actualmente convertido en parroquia. Pero tenemos más noticias. Por ejemplo, sabemos que en 1590 se realizaba un relicario nuevo en el monasterio sigenense, en el que se conservaban, según lista conocida, un ‘lignum crucis’ que donó la fundadora, la reina Sancha; un clavo de la cruz, una pequeña parte de la túnica de Cristo, varios cabellos de la Virgen y leche de la misma; la cabeza de san Hermenegildo, que se entregó a Felipe II para que la llevara a El Escorial, aunque las monjas se quedaron una pequeña parte; un hueso de san Juan Bautista; la cabeza de santa Úrsula, una cabeza de una de las Once Mil Vírgenes, la cabeza de santa Constanza, traída de Hungría; parte del cráneo de san Esteban; y otras reliquias de menor importancia relacionadas con san Ramón, obispo de Roda, san Valero, obispo de Zaragoza, santa Eufemia y santa Elena, san Palmacio y compañeros mártires, san Blas obispo, santa Waldesca (una costilla), etc., aparte de una arquilla de taracea con innumerables reliquias menores. No es de extrañar que los romeros a Santiago, viandantes por alguno de los caminos que atraviesaban Aragón, se desviarán hasta Sigüenza.

Conocido y admirado es el tríptico-relicario del monasterio cisterciense de Santa María de Piedra para custodiar, entre otras reliquias, los Corporales de Cimballa, y que, labrado en 1390, fue regalado por el monarca Martín I, si bien pasó a la Real Academia de la Historia de Madrid en 1851, por lo que si hizo una reproducción.

Pero si el prestigio de una institución religiosa se llegó a medir por el número y calidad de las reliquias que atesoraba, los rectores del monasterio convirtieron a San Juan de la Peña en uno de los centros más importantes de la cristiandad. Así lo atestiguan los siete cuerpos santos que llegaron a reunirse allí: san Juan de Atarés; los hermanos fundadores del monasterio san Voto y san Félix; los discípulos de éstos, san Benedicto y san Marcelo; san Indalecio –discípulo y compañero del propio apóstol de Santiago en su predicación y conversión de Hispania– y Santiago, discípulo de san Indalecio. Mas, aparte de estos cuerpos completos, el monasterio pinatense atesoraba huesos sueltos de otros muchos santos importantes: en un arca de plata se sabe que había una canilla entera de un brazo de san Lorenzo, “toda la canilla con el ñudo de la rodilla del apóstol san Pablo”, una costilla del apóstol san Bartolomé, un hueso del espinazo de san Mateo apóstol y evangelista, el cuello de santa Águeda, un diente de san Nicolás obispo, dos huesos de san Teodoro mártir y de san Albino obispo; y un hueso de san Nazario, santa Eulalia Emeritense, san Victorián y san Gaudioso. Dentro de un brazo de plata de san Indalecio se reunían un dedo de san Benito, huesos de san Plácido, san Jorge, san Cosme y san Damián, de los apóstoles san Simón y Judas, y de san Acisclo. Pero, además, San Juan de la Peña llegó a juntar en relicarios distintos dos astillas del Lignum Crucis, un fragmento de la túnica de Cristo, dos vasitos con leche pura de los pechos de la Virgen, unos pedacitos del vestido de la Virgen, tres piedras (una del Santo Sepulcro y dos del pesebre de Belén), y, por último, el cáliz en el que Cristo consagró la noche de la Última Cena. De todas estas reliquias, aparte de la canilla del brazo de san Lorenzo, las más preciadas eran el cáliz (conocido por Grial o Graal) y el cuerpo de san Indalecio (que daría origen al “voto de san Indalecio”, tan importante para el monasterio).

Por ejemplo, nos ha llegado noticia legendaria del traslado de los restos de san Indalecio al monasterio de San Juan de la Peña:

“Cuando comenzó su gobierno Sancho Ramírez, era senior del valle de Tena García Aznárez, querido tanto en la corte como en sus dominios. Pero, por causas desconocidas, un día cometió un homicidio, matando nada menos que a Céntulo de Béarn, personaje francés vinculado al rey. Temiendo la justicia regia, huyó a tierra de moros y ofreció sus servicios al rey de Sevilla al-Motamid. Mientras esto ocurría, un viaje del abad pinatense don Sancho a Roma motivó que el papa Gregorio VII le pusiera en antecedentes acerca de la tradición existente sobre san Indalecio y los Varones Apostólicos, cuyo paradero se ignoraba, aunque se presumía que los restos de san Indalecio estaban en Urçi, cerca de Almería, animándole a que hiciera algo por recuperarlos. Naturalmente, la empresa no era nada fácil, aunque las circunstancias la hicieron posible.

En efecto, pasaban los años y crecía el prestigio de García Aznárez al frente de sus huestes moras, pero también aumentaba cada vez más su nostalgia por la patria perdida. Por fin quiso expiar sus pecados acudiendo como peregrino penitente a San Juan de la Peña, cuyo abad, don Sancho, que era pariente suyo, y éste le encargó la misión de regresar a Andalucía y traer al cenobio pinatense los restos de San Indalecio, que se hallaban en Urci. El proscrito y arrepentido caballero García Aznárez recibió la ayuda de dos monjes pinatenses, Evancio y García, que le acompañaron en la larga expedición de más de seis meses, que se vio dificultada por el hecho de que los reyes de Sevilla y Almería estaban entonces en guerra. Lo cierto es que sólo pudieron dar con los restos del santo cuando un ángel se apareció una noche a Evancio y le reveló el lugar exacto del osario de san Indalecio.

Tras un largo y penoso camino de regreso, un Jueves Santo del año 1084 llegaban los despojos de san Indalecio a San Juan de la Peña, siendo recibidos fervorosamente por la comunidad, por el rey Sancho Ramírez y su hijo, el infante Pedro, así como por una muchedumbre de devotos que allí se congregaron. El proscrito García Aznárez se hacía acreedor al perdón real y el monasterio pinatense ganaba un inmenso tesoro que, cien años más tarde daría origen al “voto de san Indalecio” al que se adhirieron 238 pueblos de las montañas de Jaca”.

Pero la reliquia por excelencia del cenobio pinatense fue, sin duda alguna, el Santo Grial, del que dos leyendas nos dan algunas claves para entender su importancia:

“Entre las reliquias más preciadas para los cristianos está, no podía ser menos, la copa en la que bebió Jesús en el transcurso de la última cena, tan preciada que son varias las poblaciones de Oriente y de Europa que se disputan el privilegio de poseerla y como tal la veneran y la muestran.

La legendaria tradición, en cuanto a Aragón se refiere, nos habla de cómo fue a parar la copa a manos de José de Arimatea, quien recogió en ella algunas gotas de sangre de las heridas abiertas a Jesús cuando agonizaba en la cruz. Poco después, ese cáliz fue a parar a Roma, sin duda llevado por el propio san Pedro cuando fundó la primera sede episcopal del cristianismo, y en Roma estaba en el siglo III.

Cuando tuvo lugar una de las más crueles persecuciones contra los cristianos, la ordenada por Valeriano, éste pretendió incautarse de los bienes de la Iglesia, de los que estaba encargado por el papa san Sixto el diácono oscense Lorenzo, quien pagó con su vida la osadía de entregar como bienes reales a varios pobres, lisiados y desvalidos, enviando secretamente el sagrado cáliz a Huesca, donde se hallaba cuando llegaron los moros.

Con la llegada de los musulmanes, al decir de la leyenda, comienza toda una peregrinación del cáliz por el Pirineo (San Pedro de Tabernas, Borau, Yebra de Basa, Bailo, Jaca, Siresa y, finalmente, San Juan de la Peña), aunque también lo reivindicó fuera de las montañas pirenaicas el pueblo de Calcena (Cáliz de la Cena = Calcena), situado en las faldas del Moncayo, en cuyo blasón puede verse un cáliz en uno de sus cuarteles.

En San Juan de la Peña, monasterio que se vanagloriaba de poseer importantes reliquias, el Grial –el Santo Cáliz– era la más importante, puesto que había pertenecido al pro-

pio Jesús, aunque este no era el único cáliz precioso que atesoraba el cenobio pinatense, alguno de los cuales sirvieron de moneda de cambio con los reyes aragoneses. No es de extrañar, pues, que el rey Martín I el Humano pidiera el Cáliz a los monjes pinatenses que se lo hicieron llegar a la Aljafería zaragozana. A partir de aquí, hechos históricamente ciertos nos muestran este cáliz en Barcelona, primero, y en Valencia, después, donde fue entregado por Alfonso V y donde todavía se conserva”.

Relacionada con la anterior existe otra leyenda que, en definitiva, dio origen en Europa a toda una serie de leyendas muchas de las cuales han cristalizado en obras teatrales, literarias o musicales de fama universal, como los dramas de Wagner *Parsifal* o *Lohengrín*.

“Casi todo el mundo admite que, una vez en Roma, fue san Lorenzo quien lo envió hacia Huesca y que luego –cuando llegaron los moros– peregrinó por el Pirineo hasta ir a parar a San Juan de la Peña, o sea, a Monsalvat para buena parte de los europeos, hasta donde llega, venido desde la corte del rey Arturo, el joven Parsifal, tras pasar por Huesca y Siresa en busca del Graal. Ya en Monsalvat, Parsifal estuvo a punto de ver el cáliz –aquel que quien lo veía no podía morir en una semana al menos–, pero el abad pinatense le obligó a que antes hiciera méritos para ello pues, de lo contrario, podría ocurrirle lo que a su tío Anfortas, hijo de Titurel, que por ser indigno cayó fulminado ante al Graal.

Así es que Parsifal marchó de Monsalvat y se enroló con los cruzados, si bien pronto torció su camino al hacer caso a los malos consejos de la bruja Kundrie. Difícilmente hubiera podido ser digno de ver el Graal si un viejo ermitaño no le hubiera aconsejado volver al buen camino por la práctica del amor y de la caridad a su prójimo. Cuando consideró haber acumulado méritos suficientes y, una vez nombrado “rey del Graal” por el rey Arturo, no sólo consiguió salvar a su tío Anfortas sino que, acompañado por los caballeros que le seguían, logró llevar el vaso sagrado desde Monsalvat a Oriente, donde permanecerá oculto hasta el día del Juicio Final”.

Los monasterios atravesaron la época medieval y la moderna con sus señoríos prácticamente intactos, aunque tuvieron que sofocar no pocas protestas –verdaderas revueltas en muchos casos– de los habitantes de sus villas, en buena parte campesinos que araban el terruño a treudo. En los señoríos de los nobles laicos sucedía otro tanto, pero no servía de consuelo. El mundo estaba cambiando y a finales del siglo XVIII, con las ideas revolucionarias llegadas poco a poco del otro lado de los Pirineos, la mecha comenzó a arder. Era cuestión de tiempo. El escenario mágico de los monasterios se tambaleaba, confundándose el canto gregoriano de los coros en quietud intranquila con el estruendo organizado que llegaba de las eras y campos, de las calles y plazas. De nada servían ya las plegarias gregorianas ni las raíces legendarias; tampoco el amparo de las reliquias santas que fueron las primeras en intranquilizarse.

Las reformas liberales –que acabaron por concretarse en leyes y decretos desamortizadores– afectaron a la ‘jurisdicción’, al ‘sistema fiscal’ y al ‘patrimonio terri-

torial' de monasterios e iglesias, pero también al número de religiosos, sobre todo a los sometidos a regla, al clero regular, a monjes y monjas.

Tomaron la iniciativa los franceses, dueños en precario de casi toda España, comenzando por la reducción a un tercio de los conventos y frailes, hasta que en 1809 se suprimieron todas las órdenes religiosas. Y aunque los franceses se tuvieron que marchar, los parlamentarios de Cádiz adoptaron medidas semejantes, aunque algo más tímidas en principio para endurecerse durante el 'Trienio Liberal' (1820-1823). Tras el paréntesis que supuso la segunda etapa absolutista de Fernando VII desde 1823 hasta 1833, el retorno al poder de los liberales reavivó el problema y, aparte de reponer las disposiciones derogadas por el rey, se aprobaron nuevos decretos para restringir la población de religiosos, prohibiendo nuevas ordenaciones (1835) y suprimiendo los monasterios y conventos masculinos (1836), aunque los de mujeres profesas fueron autorizados (1837). En la calle, el clima había empeorado tanto como para llegar a la quema de varios monasterios.

No varió mucho el número de sacerdotes seculares, los conocidos curas, pero de las treinta y siete órdenes regulares vigentes en 1834 sólo quedaron ocho masculinas, además de la mayor parte de las femeninas. De lo que podía verse al recorrer las villas y las ciudades aragonesas, tenemos testimonios escritos casi fotográficos, entre otros los del propio ministro Madoz, uno de los actores principales del proceso desamortizador, de modo que en el 'Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico' que él dirigiera entre 1845-1850, podemos leer frases como estas al describir el estado de los monasterios y conventos: "el edificio se halla inutilizado"; "están sin culto ni altares, algunas de sus iglesias sirven para almacenes"; el "edificio carece de destino, aunque el ayuntamiento lo tiene pedido para escuelas"; "todo lo cual fue vendido también como bienes nacionales, lo mismo que el edificio, que era de buena construcción y actualmente se halla en su mayor parte derruido"; "hay un hospital en esta villa, establecido en el exconvento de los Capuchinos"; "cuyo edificio se había solicitado para cuarteles y que há poco se enagenó"; "cuyo edificio se halla destinado a cárceles públicas"; "suprimido este convento en 1835, fue vendido posteriormente como finca nacional, siendo una lástima que no se haya utilizado su iglesia para el culto público, la cual sirve de almacén de leñas y utensilios para las tropas"; "suprimido en 1835, ha servido de cuartel, en el cual se halla hoy la artillería montada"; "en el día está habitada esta casa, y la iglesia sirve de almacén para granos y otros efectos comerciales", etc. Por todo eso se comprenderá que hoy, en el siglo XXI, el monasterio cisterciense de Santa Fe albergue viviendas, que en el recinto la cartuja de la Inmaculada se haya construido todo un pueblo o que la cartuja de las Fuentes sirva de redil a las ovejas.

Pasado un siglo y medio largo, sigue habiendo cartujos y dominicos, benedictinos y mercedarios, clarisas y servitas, cistercienses y franciscanos... Subsisten los cánticos gregorianos en reductos buscados por los legos y nos conmueven las leyendas de antaño, llenas de candor; siguen guardándose de manera recoleta muchas reliquias y menos exvotos.

“Travesía de las Monjas, calle de Predicadores, plazuela de Santa Clara. Simples placas de cerámica o hierro, aviso de caminantes. Lugares recoletos, en general. Son restos de un pasado; nombres sin sentido para los más, de nostalgia para los menos.

Pueblos enteros delatan también procedencias similares: «El portero de mi casa es de Sasa del Abadiado»; «estuve en las fiestas de La Almunia de San Juan»; «cuando fui a Gallocanta, pasé por Torralba de los Frailes»; «¡buen vino el de Lanaja y Cartuja de Monegros!»; «La Cartuja Baja se está convirtiendo en dormitorio de Zaragoza». Otros muchos recuerdan orígenes semejantes.

Además de calles, plazas y pueblos, hasta comarcas enteras indican la presencia de hábitos talares y cilicios: el Priorato es catalán; el Campo de Calatrava, manchego; el Maestrazgo, aragonés. Viene de ‘maestre’, superior de una orden religioso-militar con varios monasterios en su organización.

¿A quién no le gustan los ‘suspiros de monja’, todo mimo, huevo y horno?, ¿quién no desea enclaustrarse alguna vez ahíto, saturado, lleno de ruidos, prisas y trajines? Aquel hombre nos decepcionó, y es que «el hábito no hace al monje», pero habrá que tomárselo con «paciencia benedictina».